

# ELOCUENCIAS DE UN TARTAMUDO

Eduardo Halfon

p r e - t e x t o s

**colección textos y pretextos**

© EDUARDO HALFON, 2012

DE LA PRESENTE EDICIÓN:

PRE-TEXTOS, 2012

LUIS SANTÁNGEL, 10

46005 VALENCIA

[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 978-84-15297-66-6 • DEPÓSITO LEGAL: V-660-2012

DISEÑO GRÁFICO: PRE-TEXTOS (S.G.E.)

ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA: *Jester Reading a Book*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

## A VECES MICAELA

Estaba ella en calzón blanco y sostén blanco y peinándose frente al espejo su largo cabello trigueño y me dijo que sus papás le mandaban cartas entre el pan.

–Cuando ellos estaban en la montaña.

Había terminado de peinarse. Bajó el cepillo.

–Yo era una niña, y vivía con unos tíos fuera del país.

Se acercó al espejo, mucho, como para verse bien el cutis.

–A los nueve meses de haber nacido, mis papás me sacaron del país. Por seguridad. Porque no se podía tener hijos en la montaña. Era prohibido. Entonces, a veces, me llamaba Micaela.

Yo estaba fuera. Me sentía fuera. Me quedé callado y observándola medio desnuda y con sus calcetitas blancas abultadas en los tobillos y bien encuadrada por el marco de la puerta.

–Desde la montaña mis papás me escribían cartas y se las daban a un compañero que tenía una panadería.

Elevó el brazo derecho.

–Chimeco. Así se llamaba el panadero. No sé si siempre o a veces.

Su axila, en el espejo, me pareció más pálida, más lampiña y tersa. Se untó desodorante. Cambió de brazo.

–Y pues Chimeco, en su panadería, doblaba el papel y lo metía entre la masa cruda y horneaba la masa con la carta de mis papás escondida dentro.

Se puso una ligera blusa de lino, color crema, con florecitas azules alrededor del cuello.

–Luego alguien más, algún familiar o compañero de ellos en la montaña, supongo, sacaba ese pan del país, clandestinamente.

Se puso unos jeans viejos y gastados.

–Era un pan rústico, recuerdo, como de campesino.

Se quitó las calcetitas blancas y las dejó tiradas sobre la fría cerámica del baño. Alcanzó sus sandalias.

–Cuando de pronto llegaba alguien con aquel bollo de pan, mis tíos me lo daban para que yo misma lo partiera en dos y metiera mis deditos entre la miga blanca y buscara allí la carta de mis papás.

Se contempló entera en el espejo.

–Y yo entonces era Micaela. Y como Micaela me sentaba en el suelo y escuchaba atenta a mis tíos leyéndome las palabras de mis papás. Unos papás invisibles, algo abstractos, que yo apenas conocía, y que siempre me imaginaba viviendo en una montaña verde y frondosa y donde todo olía a pan recién horneado.

Se volvió hacia fuera. Sonreía a medias.

–Lista.

## PELIGRO DE EXTINCIÓN

La estaba acariciando suave con el dedo. Me había dicho que era una especie muy rara llamada Moreleti, que estaba casi extinta o en peligro de extinción, que era la segunda vez que esa misma amanecía pegada al mismo vidrio de su casa.

–Me enteré por teléfono cuando mataron a mi hermano.

La pequeña rana parecía de mentira. Era de un verde intenso y claro, un verde limón. Seguía inerte y bien apretada sobre una baldosa de cerámica. Como para resguardarse, con cada roce en el lomo cerraba sus grandes ojos negros.

–¿Dónde lo mataron? –le pregunté.

–En la costa.

Estábamos sentados en el suelo. De frente.

–Era casi medianoche cuando me enteré. Nos metimos todos en un solo carro y manejamos los cien kilómetros de la capital a la costa. Eterno. Horrible. La mayoría gritaba o lloraba. Yo no lloré. Aún no lo creía.

La rana se despabiló, se hizo un poco hacia delante.

–Por fin llegamos a la morgue. Una morgue húmeda y asquerosa. Allí estaba tendido el cuerpo de mi hermano. Me quedé viendo su cara y no sé por qué vi en su cara la mía.

De pronto la rana brincó y me cayó en el brazo y allí permaneció bien estirada y mostrando sus ventosas color naranja.

–Fue extraño. Mi hermano y yo éramos muy diferentes. Físicamente no nos parecíamos. Pero en ese momento me vi en su cara, o tal vez en sus facciones, o tal vez en su sangre. Y sentí profundamente que un pedazo de mí moría con él.

Agarró a la rana con cuidado y la sostuvo en su palma mientras volvía a acariciarla.

–Ya no tenía mano.

–¿Cómo?

–Mi hermano. Ya no tenía su mano derecha. Lo enterramos con un guante de algodón blanco en vez de su mano derecha.

Iba a preguntarle cómo la había perdido, qué había pasado con su mano, pero él de inmediato simuló a su hermano y levantó el brazo derecho.

–Defendiéndose –dijo–, de los machetazos.

## CON SENEL EN LA HABANA

Caminábamos despacio a lo largo del malecón. De vez en cuando una ola inmensa rompía contra el muro y nos refrescaba un rocío suave y salado.

–Cierro los ojos y casi la veo –dijo.

Senel mantenía una mano sobre mi hombro. Acaso guiándome o cuidándome en su ciudad.

–Casi la intuyo –dijo–, por el cariño con que hablas de ella.

Nos cruzamos con una mujer muy alta y muy varonil que bien pudo haber sido un travesti. Niños medio desnudos jugaban con algo en el suelo.

–No sé tú, pero yo nunca considero una amistad completa hasta no conocer a la compañera del amigo.

Me detuve y me senté en el borde del muro. Senel se quedó de pie, mirando hacia el mar.

–¿Sigues cansado?

–Un poco –le dije–. Fueron siete horas.

Yo había llegado a La Habana esa misma madrugada, desde Guatemala, tras esperar una conexión con retraso en el aeropuerto de Panamá: echado en una butaca mientras un negro muy simpático y de ojos muy verdes se disculpaba

cada treinta minutos a través de un megáfono que apenas funcionaba y nos decía que ya casi estaban listos, que pronto saldríamos.

–Ah, siete horas en el aeropuerto de Panamá.

Senel parecía estar sonriéndole al mar.

–El sueño de muchos cubanos.

Desde lejos se oían los cantos de un joven mulato que venía caminando hacia nosotros.

–Siete horas viendo mercancías que no podemos comprar.

El mulato llevaba puestas unas grandes gafas oscuras de montura blanca y una gorra roja de béisbol ladeada en la cabeza. Su pesada sudadera blanca y roja desentonaba con el clima. Caminaba hacia nosotros con ritmo, quizás con el mismo ritmo de la canción que venía cantando y que a mí me sonaba a alguna viejada de Roberto Carlos.

–Cada vez que paso por Panamá compro dos reproductores de película para regalar aquí.

El mulato por fin llegó a donde estábamos. Se quedó frente a mí, cantando la canción de Roberto Carlos demasiado recio y con una voz fuerte y cadenciosa y mucho más bella que la de Roberto Carlos.

–Cuesta cincuenta y nueve dólares. Ya tengo ubicada la misma tienda y el mismo vendedor. Un día éste me preguntó por qué todos los cubanos comprábamos el mismo modelo de reproductor de películas.

Casi enojado, sin quitarme la vista de encima, el mulato se me acercó un poco y empezó a cantar aún más fuerte. Como insultándome. Como retándome a través de Roberto Carlos.



–Es un Philips. No es que seamos adictos a la marca. Sino que ese modelo de Philips lee todas las regiones, y eso nos permite a los cubanos ver películas americanas, europeas, latinas, lo que sea.

El mulato terminó de cantar. Se quedó esperando algo.

–Qué pasa, compañero –le dijo Senel, como si acabara de descubrirlo allí a su lado.

El mulato me extendió una mano. Yo pensé que quería saludarme. Luego pensé que quería limosna. Bajé la mirada. En su palma descansaba una piedra grisácea y pequeña, una piedra cualquiera, una piedra que él me estaba obsequiando como si fuese una piedra preciosa.